



**Centre d'estudis
colombins**

**UN FRAU HISTÒRIC:
LA RELACIÓ DEL SEGON VIATGE
ATRIBUÏDA A M. DE CUNEO**

Per Pere Català Roca

Quaderns d'Estudis Colombins-5

**UN FRAU HISTÒRIC:
LA RELACIÓ DEL SEGON VIATGE
ATRIBUÏDA A M. DE CUNEO**

Per Pere Català Roca

Quaderns d'Estudis Colombins

Director: Joaquim Arenas i Sampera

Secretaria i redacció: Teresa Clota i Jaume Cañadas

Editor: Òmnium Cultural

Imprimeix: CDDLCC, Paral·lel, 186

08015 - Barcelona

UN FRAU HISTÒRIC: LA RELACIÓ DEL SEGON VIATGE ATRIBUÏDA A M. DE CUNEO

Per Pere Català Roca

(Per raó del tema, transcrivim les citacions en els mateixos idiomes dels textos emprats)

No és pas sense haver efectuat una detinguda dedicació que assentem la indubtable falsedat de la relació del Segon Viatge al Nou Món escrita, hom diu, per Miguel, o Michelle, de Cuneo, savonès. De manera incomprensible, pel que anirem establint, encara avui l'expressada relació és considerada, per mants erudits, com una de les escasses peces informatives de l'esmentada empresa colombina. Així, posem per cas, en l'ambiciosa obra *La gran historia de América* (col·leccionable d'"Época". s.l. ni d.), per Ricardo de la Cierva, s'hi comunica que aquell Segon Viatge comptà, ultra que amb "una historia objetiva" del metge sevillà Diego Álvarez Chanca, "con otro historiador, Miguel de Cuneo, paisano del Almirante a fuer de natural de Savona y vecino de Génova" (p. 270). A la pàg. 337 de la mateixa "gran historia", reapareix anomenat "el testigo italiano Miguel de Cuneo". Semblantment, al prefaci de la 1a. ed. de *Bibliografia colombiana 1793-1990* (Gènova, 1990), per Simonetta Conti, consta (p. XXIII) que "molto interessanti sono, per il secondo viaggio, le relazioni lasciate da Michele da Cuneo e da Diego Chanca, che ci illustrano le "Indie" con gli occhi di uomini di lettere e di scienza del XV secolo". Les cites són fàcilment ampliables, tant per exemple en el terreny genovès –també Giulio Maffii reproduceix un text "da Cuneo" a la rev. "Columbus 92" núm. 48 (Gènova, juliol-agost 1990)- com en el nostre propi català –només cal que acudim a l'assaig, bastant recent, d'Agustí Barrera (nom que considerem un pseudònim, localitzable a Arenys de Munt), on és adduït un paràgraf "d'un tal Miquel de Cuneo, a la seva Relació del segon viatge colombí". Més encara: al butlletí del "Centre d'Estudis Colombins" núm. 19, del 1997, àdhuc és imaginat "un tal Miquel de Cuneo" com "un altre català amb el cognom adulterat".

I, tanmateix, el "tal" protagonista mai no va existir! Cal raonar-ho.

En la meva juvenesa, endut ja per l'afany colombista, vaig llegir el llibre *Cristóbal Colón, genovés*, publicat ni més ni menys que a Barcelona, per la Casa Editorial Maucci, en el qual l'autor, el peruà Rómulo Cúneo-Vidal, insereix un "Apéndice consagrado a Miguel de Cúneo, marino genovés al servicio de los Reyes Católicos, compañero del Almirante en su segundo viaje al Nuevo Mundo". Bé que el llibre no porti data concreta de publicació, els "juicios acerca de la obra" que apareixen en el proemi són datats a Lima el 22 de novembre de 1927 i el 18 de gener de 1928, així com a Gènova el 9 de gener de 1928. La dedicatòria resulta ben expressiva: "A S.E. Benito Musolini dedica respetuosamente este libro El Autor". Una conseqüència prou reveladora: "La Società Ligure di Storia Patria per un doveroso riconoscimento nomina il sig. Cuneo-Vidal socio corrispondente". Conti, a *Un secolo di bibliografia colombiana 1880-1985* (Gènova, 1986) assigna l'any 1929 a l'estampació feta per Maucci.

Doncs, la política –social i nacional- batega en el perquè argumental. És important ací de recordar que un altre historiador, i investigador, peruà –aquest darrer, director que havia estat de la Biblioteca Nacional de Lima; feia pocs mesos que, per mitjà de conferències i amb el llibre *Colomb, catalan* (París, 1927) venia presentant una temàtica que de cap manera no podia plaure al feixisme italià. Òbviament, la rèplica, no pas l'argumentació, escrita per Cúneo-Vidal responia

a una prensa. El *Cristóbal Colón, genovés* tractava de torpedinar l'ulloista Colom català i l'eufòria erudita, i això des de la mateixa capital catalana. No vull entrar en el rerefons de la casa editorial, però si que entenc convenient de transcriure del *Cristóbal Colón, genovés* aquests paràgrafs concernents al suposat Cuneo coetani de Colom:

p. 28: "Abundando en el sentido de una amplia información colombina, hemos creído que cabía dentro del marco general de esta obra la por muchos conceptos interesante Relación de Miguel de Cúneo, marino genovés al servicio de los Reyes Católicos, que acompañó a Cristóbal Colón en su segundo viaje al Nuevo Mundo".

(...)

Ella, tan minuciosa y pintoresca como se nos ofrece, aventaja en mucho a la sobria relación del mismo Colón.

(...)

p. 29: "De este Miguel de Cúneo –de cuya sangre y apellido somos quienes esto escribimos– sabemos que tuvo más de un punto de afinidad con el Descubridor".

(...)

Fue genovés de nación, natural de Saona (Savona en italiano), hijo de padres cuyos antepasados –como los de Colón– fueron oriundos del valle de Fontanabuona en el hoy circundario de Chiávare de Liguria.

(...)

Cuando Domingo Colombo pasó a ejercer su oficio de lanero en las dependencias de Saona, al cabo de la que llamaremos su tercera "égira" (de Moconesi a Terrarossa, de Terrarossa a Quinto, y de Quinto a Génova) halló a su comprovinciano micer Conrado Cúneo, establecido en Saona, inscrito en el libro de oro de la nobleza genovesa, y finalmente, ejerciendo el papel de naviero y de ricohombre.

(...)

De allí dimanó la compra de cierto solar en el barrio de Valcalda, de que hay memoria en los registros notariales de Saona, lo cual contribuyó a crear entre Miguel y Cristóbal, hijos de aquéllos, y mozos ambos, una amistad que los viajes al Nuevo Mundo con la comunidad de los trabajos, los riesgos y las aspiraciones consiguientes, habían de robustecer.

(...)

p. 30: "Si Cristóbal Colón fue un Sol, centro de gravitación de astros menores, Miguel de Cuneo, a par de los Pinzones de Palos de Moguer, fue un buen "astro".

(...)

Penétrese el lector del juicio con que el de Cúneo da remate a su Relación.

¿Podría darse homenaje más cumplido, ni más caluroso, ni más sincero, a las cualidades del hombre y a los merecimientos del jefe: y a raíz de todo ello un testimonio más fehaciente de su condición de italiano y de genovés, que los que el dicho juicio comporta?...

"...Una cosa sé decir –dice Miguel de Cúneo, escribiendo a su compatriota Jerónimo Annari– y es que desde que Génova es Génova, no ha nacido en su recinto hombre de más levantado espíritu (magnánimo) ni tan entendido en los menesteres de la navegación, como el Señor

Almirante; por cuanto le bastaba observar durante la travesía una nube, o bien una estrella, para juzgar si al siguiente día tendríamos bueno o mal tiempo... Mandaba, y según lo requerían las circunstancias, hacíase cargo del timón.

¡Velaba, cuando otros dormían!...”

Tot això manifestat, “Miguel de Cúneo, marino genovés, al servicio de los Reyes Católicos y compañero de Cristóbal Colón en su segundo viaje al Nuevo Mundo” no reapareix fins a la pàg. 196, amb la repetició: “Puedo decir que, a juicio mio, desde que Génova es Génova, no ha nacido en ella un hombre de tan levantado espíritu ni tan enterado en los menesteres de la navegación como el Señor Almirante”.

Quant a l’“Apéndice” –que comprèn des de la pàgina 277 a la 301- és del tenor següent:

APENDICE

DE NOVITATIBUS INSULARII OCCEANI HESPERII REPERTATA A DON XPOFORO COLUMBO, GENUENSI

De Saona, a 15 días de octubre de 1495.

Noble y honrado señor:

He recibido una carta vuestra de 26 del pasado, la cual contesto.

Pensaba verme con vos dentro de pocos días; mas viendo ahora que ello no puede ser, me resuelvo a satisfacer vuestras preguntas acerca de lo que me habéis escrito; mas, si de momento no me es dado satisfaceros por completo, servíos disculparme, teniendo en cuenta que, como os he dicho en otra ocasión, mis papeles están todavía en Niza.

.....

En el nombre de Jesús y de su gloriosa madre María, de quienes procede todo bien:

A 25 de septiembre de 1493 zarpamos de Cádiz con 17 velas, todas ellas buenas y abastecidas de todo lo necesario para el viaje; esto es, 15 naves de *velas cuadradas* (cuadravelas, o *carabelas*) y dos de vela latina, y el 2 de octubre avistamos la Gran Canaria.

Nos mantuvimos a la vela (*vellificamo*), y el 5 de dicho mes surgimos en la Gomera, que es una de las islas Canarias, en cuyo fondeadero, si fuera a deciros los “triumfos”, y tiros de bombarda, y lanzafuegos que quemamos, sería cosa difusa; y esto se hizo en honor de la Señora del lugar, de quien nuestro Almirante estaba prendado (*era tincto in amore*).

Allí renovamos las provisiones, y el día 10 nos hicimos a la vela, demorándonos tres días en vista de las Canarias por causa de mal tiempo.

El 13 de octubre, domingo, por la mañana, dejamos la isla del Fierro, que es la postrera de las Canarias, y nuestro rumbo fué un cuarto de Poniente al Mediodía.

El 26 de octubre, víspera de los Santos Simón y Judas, a horas 16, el tiempo volteó a lo tempestuoso, en términos tales, que creíamos llegado el último día de nuestra existencia.

El temporal duró toda la noche hasta la mañana siguiente, dispersándonos de tal suerte que la una nave no se encontraba con la otra.

Cuando Dios quiso pudimos juntarnos, y el 3 de noviembre, domingo, divisamos tierra; esto es, cinco islas desconocidas, a la primera de las cuales el señor Almirante puso por nombre “*Santo Domingo*”, por el día en que se halló, y a la segunda, “*María Galante*”, por el nombre de la nave.

Las dos islas eran medianas y el señor Almirante las anotó en su diario de navegación.

Si bien recuerdo, de la isla del Fierro a la María Galante empleamos veintidós días, pero creo que teniendo buen viento se echaría en diez y seis.

En la isla *María Galante* renovamos la provisión de agua y leña.

Es deshabitada, a pesar de ser boscosa y llana.

De allí nos hicimos a la vela y aportamos a una isla grande, poblada de caníbales, los cuales, al vernos, huyeron a los bosques vecinos.

Fuimos a tierra en la dicha isla y nos demoramos en ella seis días consecutivos, por causa de que once de nuestros tripulantes, confabulados para robar, se internaron tierras adentro, de tal suerte, que cuando quisieron volver a la nave desconocieron el rumbo, a pesar de ser marinos y observar el Sol, al cual no podían ver sino de trecho en trecho, por el denso de aquellos bosques; visto lo cual el señor Almirante despachó a doscientos hombres, divididos en cuatro escuadras y provistos de trompas, cuernos y linternas, los cuales, por mucho que hicieron no pudieron dar con aquéllos.

Cuando Dios quiso regresaron a bordo los doscientos.

Los once juzgamos que habrían sido muertos y devorados (*manzati*) por los caníbales, como éstos lo tienen por costumbre.

Al cabo de cinco o seis días los once perdidos hicieron una fogata sobre un promontorio, y nosotros, viéndola, y juzgando serían ellos, desprendimos una barca, y en tal forma se recuperaron, y luego nos dijeron que, a no ser por una vieja que por señas les indicó el camino, habrían quedado abandonados, siendo así que nosotros teníamos resuelto zarpar al siguiente día.

En la isla de que trato nos apoderamos de doce mujeres harto hermosas (*bellissime*) y harto en carnes (*grassissime*), de edad entre quince y diez y siete años, y de dos mozos de igual edad, los cuales tenían cortado el miembro genital a raíz del vientre, y juzgamos que esto sería porque no se mezclasen con sus mujeres, o de otra manera, para engordarlos y comérselos más tarde, los cuales mozos y hembras habían sido apresados por los caníbales que hacen incursiones en la isla.

Nosotros los enviamos a los Reyes, a España, como una muestra de aquellos habitantes.

A la dicha isla el señor Almirante puso por nombre *Santa María de Guadalupe*.

De la isla de Guadalupe, la cual, como dicho es, es de caníbales, nos hicimos a la vela el 10 de noviembre, y el 13 aportamos a otra isla de caníbales, hermosa en gran manera y fructífera, y largamos ancla en buen puerto, y cuando los caníbales nos divisaron, huyeron a los montes, como había sucedido en la isla anterior, abandonando sus casas, en las cuales tomamos lo que quisimos; y en esos pocos días hallamos gran cantidad de islas, sin bajar a ellas, fondeando algunas veces y en especial de noche, para no encallar en las dichas islas, a las cuales, por ser muchas y juntas, el señor Almirante dio por nombre las Islas de las Once mil Vírgenes, y a la primera que dejó nombrada, llamó Santa Cruz.

Estando uno de esos días al ancla, vimos venir una canoa, como las llaman ellos en su idioma, haciendo fuerza de remos (*battendo remi*), como si fuera un bergantín bien armado, en la cual estaban tres caníbales, dos mujeres y dos prisioneros, a quienes los caníbales habían cortado el miembro genital a raíz del vientre, de manera que estaban muy desfallecidos, y viendo aproximarse la dicha canoa, saltamos en una barca y le dimos caza, viendo lo cual los caníbales nos tiraron con sus flechas, en tal forma, que, a no ser por las adargas que traíamos, nos hubiesen hecho mucho daño; siendo de agregar que a uno de los nuestros, que se cubrió con un escudo, vino un flechazo que se lo traspasó y le entró en el pecho tres dedos, de resultas de lo cual vino a morir a los pocos días.

Nos apoderamos, por fin, de la canoa con los que la tripulaban, entre los cuales había un caníbal herido de un lanzazo, y cuando, creyéndolo muerto, lo echamos al agua, lo vimos echarse a nadar; por lo cual tomándolo nuevamente le cortamos la cabeza de un hachazo sobre el borde de la embarcación, y a los demás caníbales y prisioneros les enviamos más tarde a España.

Estando yo en la barca cogí una mujer de los caníbales, harto hermosa (*bellissima*), la cual el señor Almirante me donó.

La cual, teniéndola yo en mi cámara, a bordo de la carabela, desnuda, según es costumbre de estas mujeres naturales, me vino el deseo de solazarme con ella (*di solaciarme cum ley*), y deseando poner en ejecución mi deseo, y no admitiéndolo ella, me trató de tal manera con sus uñas, que más me conviniera no haber comenzado; visto lo cual, si he de

deciros verdad, tomé una cuerda y la até fuertemente, de resultas de lo cual daba gritos increíbles.

Por fin nos pusimos de acuerdo, de tal suerte, que puedo aseguraros que en cuanto a los hechos, parecía amaestrada en una escuela de ramerar (*scola de bagasse*).

Al cabo de la dicha isla el señor Almirante puso por nombre *Cabo de la Flecha*.

El día 13 zarpamos con mal tiempo, y el 18 llegamos a una isla hermosa y grande, llamada Boluchén por los naturales, a la cual el señor Almirante puso por nombre Isla de San Juan Bautista.

Navegando durante los cinco días sucesivos, ya a izquierda y ya a derecha, vimos muchas islas, de las cuales el señor Almirante tomó nota en los papeles de navegación.

En la dicha isla refrescamos la gente, y el día 25, por la gracia de Dios, llegamos a la isla Española, descubierta por el señor Almirante durante su primer viaje, donde fondeamos en un puerto excelente, llamado Monte Cristo.

El día 27 de noviembre navegamos a *Monte Santo*, en donde el señor Almirante, durante el viaje precedente, había dejado a 38 hombres, y esa misma noche arribamos al lugar.

El 28 bajamos a tierra y encontramos muertos a los dichos 38 hombres, tendidos sobre el terreno, y *sin ojos*, los cuales creemos que les comerían los caníbales, siendo costumbre de éstos sacarles los ojos, y comérselos, al enemigo que matan.

Podían haber transcurrido quince o veinte días desde que habían sido muertos.

Estuvimos sobre el lugar del suceso con el Señor del lugar, llamado Guacanari, el cual, con abundantes lágrimas, y de igual manera llorosos los de su séquito, nos dijo que había bajado el Señor de la montaña, llamado Guacanaboa, al frente de tres mil hombres armados, y había muerto a los españoles y robado cuanto tenían, por odio a los blancos; y, con efecto, nada encontramos de lo que el señor Almirante había dejado en el fuerte al marcharse.

Estuvimos diez días en el lugar, y el 8 de diciembre nos hicimos a la vela y pasamos a otro lugar, donde hallamos un buen puerto.

Desembarcamos y construimos doscientas casetas pequeñas o cabañas, como las que se usan en nuestra tierra para cazar, techadas con una capa de hierbas.

Los habitantes de la isla de dos leguas a la redonda, venían a vernos hermanablemente, diciendo que éramos hombres divinos bajados del Cielo; se quedaban contemplándonos, y nos traían víveres, y nosotros les dábamos de nuestras propias provisiones, de suerte que se comportaban como hermanos.

Y ésta fué la meta y término de nuestro viaje.

No obstante, os hablaré de otro viaje que hice con el señor Almirante, cuando resolvió salir en busca de Tierra Firme.

Por ahora os diré las diligencias que hicimos en busca de oro en la isla Española, de que estoy tratando.

Habiendo descansado en el pueblo recién construído, pareció bien al señor Almirante averiguar si existía oro en la isla, y con tal objeto emprendimos el viaje lleno de peligros que oiréis a continuación.

Primeramente formó dos compañías de cuarenta hombres cada una, al mando de capitanes, asistidos por naturales de la isla conocedores del terreno, con destino a un lugar llamado Cebao, donde, según Tolomeo, existe oro en los ríos; los cuales ochenta hombres en nuestra ida pasamos un río más ancho que el de Sevilla, y encontramos muchas aldeas de indios, de quienes tuvimos buen recibimiento, y llegamos cerca de Cebao; mas habiendo empeorado el tiempo, y teniendo que pasar otro río más caudaloso que el anterior, volvimos atrás e interrogamos a los indios de aquellas cabañas, y nos dijeron que en Cebao existía oro en gran cantidad, y aun presentaron a nuestros capitanes algunos trozos de oro, alguno de los cuales era del valor de ocho castellanos, y otros de quince, y otros de veintidós, embebidos en fragmentos de roca; el cual oro llevamos al señor Almirante, dándole razón de cuanto acabo de decir, de lo cual él y los que le acompañaban tuvieron sumo contento, por lo cual determinó no ocuparse ya de especierías de ninguna clase, sino de este bendito oro (*benedetto oro*), y por ello escribí desde allí al Rey que muy pronto esperaba darle tanto oro como hierro producían las minas de Vizcaya.

En el mes de febrero, despachado que hubo para España las doce carabelas, fuimos quinientos hombres, junto con el señor Almirante, al dicho lugar llamado Cebao, no bien

provistos de ropas (*panni*), y en ir y venir empleamos veintiocho días, con tiempo pésimo, mala comida y peor bebida; mas por la codicia (*cupiditá*) del dicho oro, todos nos mantuvimos animosos y gallardos.

A la ida y a la vuelta pasamos dos ríos crecidos a nado, y los que no sabían nadar dispusieron de dos indios que los pasaban nadando, los cuales, por alguna baratija que les dábamos, se encargaban de pasar nuestros efectos, armas, y todo lo que podían llevar sobre la cabeza.

Fuimos, por consiguiente, al lugar llamado Cebao y allí hicimos un castillo a que pusimos el nombre de Santo Tomás, inexpugnable para los naturales, distante veintisiete leguas del pueblo y campamento que ya he dicho.

Muchos buscamos en el dicho río, sin hallar un solo grano de oro.

Nos disgustamos con los indios que nos habían dado las noticias que motivaron nuestra venida, pero nos dijeron que el oro se hallaba en poder Guanabacoa, el cual residía en un lugar distante dos leguas de nuestro castillo.

Mientras esto ocurría, vinieron a vernos muchos indios de diez leguas a la redonda, trayéndonos muestras del oro que poseían, el cual contratamos con ellos, llegando a reunir hasta por valor de 2.000 castellanos; el cual se hallaba en trozos que pesaban hasta por valor de veintitrés castellanos.

Nos fuimos en busca de Guanabacoa por falta de vestimenta, el cual rey nos dijeron que podía reunir hasta cincuenta mil indios; y ya argumentareis que otros 2.000 castellanos fueron contratados secretamente por personas de la expedición; y como el diablo hace hacer las cosas y luego las descubre, siendo así que mientras España sea España, no faltará rivalidad entre sus hijos, ocurrió que el uno denunciando al otro, se vino a saber la verdad, y de los culpados, unos fueron azotados, a otros les fueron cortadas las orejas y a otros la nariz, que daba lástima verlos.

Ahora, respondiendo acerca de los puntos que me tenéis señalados, os haré la relación de los frutos que abundaban en esa isla:

.....

(sigue una enumeración de doscientas especies vegetales y animales.)

.....

Tratando de los hombres, digo que los hombres de uno y otro sexo (*li homini de uno ed alto sexo*) son de color aceitunado, como los habitantes de Canarias, tienen la cabeza achatada, y el rostro achinado (*atartarato*), son de pequeña estatura, tienen poca barba y piernas bien hechas.

Son duros de piel.

Las mujeres tienen el seno redondo, sólido y bien formado.

Cuando paren llevan inmediatamente a lavar a sus hijos, y se bañan ellas mismas.

El parto no les arruga el vientre, el cual se conserva terso, y de igual manera el seno.

Andan desnudos.

Cuando la mujer ha conocido varón se cubre el sexo con una hoja de árbol, o bien, con un tejido somero de algodón.

Comen animales feos y venenosos, como ser serpientes del peso de quince y veinte libras; y cuando topan con las muy grandes, son comidos, a su vez, por estas.

Faltándonos víveres, hemos probado la carne de las tales serpientes, y nos ha parecido buena.

Los caníbales y los indianos, si bien numerosos y esparcidos en una comarca muy extensa, hablan un solo lenguaje, viven al mismo modo, y parecen pertenecer a una sola nación; con la diferencia de que los caníbales son hombres más feroces y acometedores que los tales indianos.

Los cuales caníbales, cuando cogen a un indio, lo comen como nosotros a los cabritos, y dicen que la carne del varón es mejor que la de la mujer.

Son muy aficionados a la carne humana, y tanto, que para conseguirla suelen estar lejos de sus lugares seis, ocho y diez años antes de volver, y suelen quedarse en algunas islas hasta despoblarlas; que si esto no sucediese, los tales indios se multiplicarían de tal manera que

cubrirían la tierra, por el hecho de que tan pronto como están en edad de concebir, conciben, no reservando sino a sus hermanas; que todo lo demás es común.

Así los caníbales como los indianos se cortan el cabello y la barba; y de igual manera las mujeres.

Sus cuchillos son hechos de pedernal, que cortan como los verdaderos cuchillos; les hacen mangos y con ellos cortan y labran sus canoas, con las cuales navegan de isla en isla, pero no usan velas, sino remos parecidos a las palas con que se trabaja el lino; y cuando los dichos caníbales salen en corso en busca de indianos, sus armas son bastones gruesos con una porra del tamaño de una cabeza de hombre; también llevan arcos gruesos, parecidos a los que usan los arqueros en Inglaterra, cuya cuerda es hecha con fibra de hierbas, las flechas son de junco, y las plumas son de alas de papagayo, con las cuales flechas traspasan cuerpos duros, y en lugar de hierro emplean huesos de pescado.

Estuvimos en el templo de los caníbales y vimos dos estatuas de madera tallada que parecían de piedra.

Nos dijeron que cuando el padre esta enfermo, el hijo va al templo, hace la relación al ídolo de la enfermedad que le aqueja, y le pregunta si sanará, o no.

Si el ídolo dice que no, el hijo va a casa y le corta la cabeza al enfermo.

No creo que se la coman, pero es lo cierto que, cuando se convierte en calavera, la depositan en el templo, y esto hacen con los señores principales.

El tal ídolo se llama *Seity*, y aderezan a su imagen a un hombre a quien dan el nombre de Santo, el cual anda vestido con una manera de saco de tela de algodón.

Él no habla nunca, y dicen que todas las mañanas se coloca en la mitad del templo y se junta con la primera mujer que entra; y luego todas las mujeres del pueblo van a besarla como cosa muy divina, por haber usado de ella el hombre santo.

Los dichos caníbales y los indianos de la costa no adoran cosa alguna fuera del ídolo que llevo dicho, ni hacen sacrificios, ni saben que cosa sea Dios, ni que el diablo.

Viven como bestias; comen cuando apetecen, practican el coito públicamente, cuando sienten el deseo, y salvo los hermanos y las hermanas, todo lo demás es común.

No son celosos, y, según me imagino, son gente fría y no sobradamente sensual, lo cual atribuyo a que se alimentan mal.

Por lo que hemos visto, en todas estas islas, tanto los indios cuanto los caníbales son dados al vicio contra natura, sin saber, según creo, si hacen bien o hacen mal.

Juzgo que este maldito vicio haya tenido su origen en las prácticas de los caníbales, por ser gente feroz, que subyuga a los indios y se los come, y para colmo de desprecio, los somete a semejante afrenta.

Viven poco.

No hemos visto persona que pase de los cincuenta años.

Duermen sobre la tierra, como los animales.

Los señores a quienes dan el título de *caciques*, duermen sobre sábanas (*¿hamacas?*) de algodón.

Éstos son muy respetados, y cuando comen nadie se atreve a tocar los alimentos.

Trabajan las mujeres.

Los hombres sólo atienden a pescar, comer y dormir.

Hay inmensidad de mosquitos y causan grandes molestias.

Los naturales se defienden de ellos untándose el cuerpo con el zumo de unos frutos que tiñen de rojo y negro.

Nosotros no hemos encontrado mejor remedio que echarnos al agua.

Pareciéndome haber satisfecho vuestras preguntas, os daré razón del viaje que hice con el señor Almirante en busca de otras islas y de Tierra Firme.

Debéis saber que el 25 de abril nos hicimos a la vela con tres carabelas, la una de setenta toneladas y las otras menores.

Siempre costeano, y después de recorridas treinta leguas, vimos una costa que juzgamos fuese Tierra Firme.

El señor Almirante consultó a sus capitanes, y todos fuimos de parecer que se continuase el viaje rumbo a Mediodía.

En esta forma llegamos a un buen puerto en que vimos cinco canoas cargadas de pescado.

Tendidos sobre la arena, durmiendo, había algunos hombres, a quienes despertó el fragor de nuestras bombardas al ser disparadas.

Ellos dieron el huir hacia el interior de la isla.

Mandamos a tierra a nuestro *trochimán*, o intérprete, a significarles que éramos gente amiga y veníamos de paz.

Los que habían huido se acercaron a nosotros.

En tierra, en cierto bohío, hallamos quince o veinte quintales de pescado cocido, y otro tanto de serpientes, de igual manera cocidas, en trozos de tamaño de medianos cabritos, y además, treinta y seis o treinta y ocho serpientes vivas, sujetas a estacas como monas (*gattimaymoni*).

Preguntándoles por qué cocían esos alimentos, nos dijeron que era para conservarlos, pues mandándolos a lugares distantes de la isla, se malograrían.

Los regalamos con algunas de las cosas que traíamos y les preguntamos si había oro en la isla.

Nos contestaron que no, pero que estaban enterados de que lo había en abundancia en una isla llamada Jamaich (*Jamaica*).

Les preguntamos si solían ir a la dicha isla, y nos dijeron que no, por temor de naufragar en la travesía.

En el puerto de que trato desembocan cinco o seis ríos abundantes en peces.

Nos hicimos a la vela con rumbo a Jamaich en busca del bendito oro y tuvimos una travesía pésima, debido a mal tiempo.

Aportamos a uno de sus puertos, muy poblado, y tan pronto como fuimos vistos tuvimos al costado de nuestras naves a cerca de cuarenta canoas montadas por indios belicosos.

En vista de ello, disparamos diez o doce tiros de bombardas, a pólvora, con lo cual huyeron; y queriendo nosotros ir a tierra, nos recibieron con pedradas, por lo cual hubimos de regresar a las naves.

En seguida aderezamos las barcas con paveses, ballestas y bombardas y nos dirigimos de nuevo a tierra, y de igual manera fuimos recibidos con hondas y piedras.

Entonces haciendo uso de nuestras ballestas, matamos a diez y seis o diez y ocho, y con las bombardas a cinco o seis.

Esto fue al atardecer.

Regresamos a las naves, y al día siguiente nos dirigimos a tierra con ánimo de combatir; pero los isleños, con los brazos en cruz, nos pedían misericordia, y en señal de paz nos trajeron alimentos, y entre éstos una suerte de pan, pescado, raíces y calabazas llenas de agua, y nos presentaron sus armas en señal de paz.

Los regalamos con las cosas que llevábamos y con cascabeles (*scabelis*), los cuales aprecian en gran manera y se los aplican a la nariz y a las orejas, que hombres y mujeres traen horadadas.

Les pedimos oro, y nos contestaron que no lo conocían ni nunca lo habían visto.

Estuvimos en este puerto durante cuatro días, y durante ese plazo vinieron a la montaña hasta sesenta mil individuos, solo por vernos, desnudos, y de un solo idioma, y no se cansaban de mirarnos y de decir éramos hombres bajados del Cielo.

Partimos por fin, y reconocimos setenta leguas de costa, hallando en todas partes la misma clase de árboles y de detalles que habíamos visto en otras islas.

Siguiendo pegados a la costa, y al cabo de doscientas leguas recorridas, penetramos en un archipiélago de muchas islas, en que el mar tiene muy poco fondo y se ofrece blanco por el hecho de tener fondo yesoso.

La gente es de tez más oscura de lo que teníamos observado hasta allí; lo fuerte de su alimentación es el pescado, y su bebida agua salobre de estas marismas, a falta de agua dulce.

Habiendo recorrido esta mar baja por espacio de diez y ocho o veinte días, salimos a mar descampado, y al cabo de seis días doblamos un cabo y penetramos en un buen puerto sobre cuya playa encontramos que se acababa de hacer fuego, entiendo que por los pescadores del lugar, y allí refrescamos la gente, después de haber estado doce días a razón de un vaso de

agua por día y pan medido, siendo de advertir que para librar el que llevamos a bordo, tuvimos que clavar los cajones en que venía.

Y seguimos navegando, siempre con el afán de hallar Tierra Firme, sin conseguirlo, pues nos resultó isla la que creíamos continente, y seguimos adelante, rumbo Suroeste, siempre en busca de Catay que nos aseguraba estar próximo el señor Almirante.

En la dicha mar blanca hallamos infinitas conchas, y juzgando que contendrían perlas nos creímos muy ricos cada uno de nosotros, pero resultó que no hallamos una tan sólo.

Y seguimos navegando sin encontrar la tierra que buscábamos; y como la gente comenzaba a murmurar y a decir que corríamos el riesgo de naufragar, y que los alimentos faltaban, el señor Almirante mandó virar en dirección a Jamaich, adonde llegamos, y donde permanecemos, descansando, durante diez y siete días.

El señor Almirante dió a esta última isla el nombre de Santiago.

De allí enderezamos proa a la isla Española.

Reconocimos 40 leguas de costa de la isla *Jamaich* (Jamaica), en donde no vimos cosa mejor de lo que llevábamos visto hasta allí.

Navegando en esta forma, yo fui el primero en descubrir tierra, por lo cual el señor Almirante ordenó que anclásemos en una rada que hallamos al abrigo de un promontorio que cerraba la dicha rada. El señor Almirante le puso por nombre, "Cabo de Micer Miguel Saonés", y así lo asentó en su libro de navegación.

Y siguiendo nuestra derrota, hallamos buen fondadero, y bajamos a tierra, y encontramos infinitas gentes de la condición de las que habíamos encontrado en las islas precedentes.

Y volviendo a nuestro primer fondeadero y campamento, en la Española, topamos con una isla hermosísima, no distante de uno de los cabos de aquella isla, la cual fui yo el primero en descubrir.

Tendrá cerca de 25 leguas de circuito, y el señor Almirante, en mi honor, la llamó la Bella Saonesa, y *me la donó*, y yo tomé posesión de ella en la forma acostumbrada, tal cual solía hacerlo el señor Almirante, tratándose de las demás islas, esto es, en nombre del Rey, y por medio de escritura pública, otorgada por ante el escribano de S. M. que venía en la flota.

Y sobre ella arranqué hierbas, y corté árboles, y planté la cruz y la horca, y la llamé *la Bella Saonesa*, y bien pude llevar ese nombre, pues cuenta con 37 lugares habitados, y no menos de treinta mil almas.

Y de todo ello tomó razón el señor Almirante en su libro de navegación.

A fines de septiembre, por la gracia de Dios, volvimos a salvamento a nuestro antiguo campamento de la Isabela, y allí encontramos a nuestra gente en sumo cuidado, pues juzgaban que hubiésemos perecido, sin excluir uno sólo, en nuestro viaje.

Muchos estaban enfermos, y todos sufrían por falta de provisiones, razón por la cual el señor Almirante despachó una partida de cuatrocientos hombres en busca de víveres, pero quiso nuestra buena suerte que antes de cuatro días arribasen de España cuatro carabelas cargadas de vituallas, con lo cual remediamos nuestra situación.

Debiendo partir nuestras carabelas para España, en las que yo debía repatriar, reunimos en nuestro campamento a 1.600 entre hombres y mujeres de los naturales de la isla, de los cuales 550 cargamos en las dichas carabelas, y en cuanto a los demás se dió un bando permitiendo que cada uno tomase para su servicio a los que quisiera, y en cuanto a los que sobraen se les dió permiso para que volviesen a sus casas.

Entre éstos últimos había muchas mujeres con sus criaturas al pecho, y sucedió que muchas de ellas, para estar más expeditas en la fuga, abandonaron a sus propios hijos.

Al cabo de estos sucesos partí en las carabelas para España, y navegando con tiempo pésimo y viento contrario, por tres veces consecutivas tuvimos que torcer proa, de tal suerte que nos demoramos durante un mes en medio de aquellas islas hasta que nos fué forzoso hacer escala en Boluchén y al cabo de veintidós días aportamos a Madera.

Ocurrió que antes de llegar a aguas de España se nos murieron doscientos de los tales indianos que traíamos a bordo, entiendo que por el cambio de clima, y nosotros los arrojamos a la mar, a medida que morían.

La primera tierra de España que vimos fué el Cabo Spartelli (Espartel), y en su debido tiempo fondeamos en Cádiz, donde descargamos los esclavos (*sic*), los cuales estaban medio enfermos.

A juicio mío, no es gente de provecho; no resiste al frío y no tiene larga vida.

En cuanto a Micer Bartolomé, hermano del señor Almirante y vuestro amigo, por quien me preguntáis, os diré que por el señor Almirante ha sido nombrado Adelantado de los países que descubrirá en lo sucesivo.

El cual Adelantado estaba por partir con dos carabelas y una fusta construida en la Española, para salir en busca de la Tierra Firme que el señor Almirante juzga ser el Catay.

Sobre este último punto el señor Almirante tuvo una discusión con un abate Luxerna (¿Lucena?), hombre entendido y rico, el cual pasó a estas nuevas tierras únicamente por ver cosa nueva.

Es buen astrónomo y cosmógrafo, y discutiendo sobre si era Tierra Firme una costa que habíamos navegado durante 550 leguas, el abate decía que no, y que se trataba de una isla grande, a cuyo parecer nos inclinábamos la mayor parte de nosotros.

Por esta razón el señor Almirante no le permitió que viniese a España con nosotros, por temor de que, consultado por el Rey, dé lugar con su respuesta a que S. M. abandone la empresa, y tanto lo tendrá allá hasta que llegue de su expedición el señor Adelantado, el cual dará cuenta de lo que haya encontrado.

Para terminar, una cosa os puedo decir, y es que a juicio mío, desde que Génova es Génova, no ha nacido en ella un hombre de más levantado espíritu, ni tan hábil en los menesteres de la navegación como el señor Almirante, por cuanto le bastaba ver durante la travesía una nube o una estrella, para juzgar si al día siguiente tendríamos bueno o mal tiempo.

Mandaba, y según se ofrecía la ocasión, encargábase del timón.

Velaba cuando otros dormían.

Y así, os puedo decir que, antes que llegáramos a la isla mayor que dejo mencionada, nos dijo estas palabras:

“Señores míos: quiero conducirlos a un lugar de donde partió uno de los tres Reyes que fueron a adorar a Cristo, el cual lugar se llamaba *Saba*”. Y cuando hubimos llegado y preguntamos a los naturales cómo se llamaba el lugar, nos fué contestado que se llamaba *Sobo*.

Entonces el señor Almirante nos dijo que *Saba* y *Sobo* eran una misma cosa, y que allí se pronunciaba en esa forma.

Y allí tomamos a dos caciques que nos habían regalado con muchos presentes, y queriendo éstos volver a tierra, el señor Almirante no se lo permitió, diciendo que quería valerse de ellos para descubrir tierra, y que más tarde los soltaría.

Entonces, uno de ellos, señalando el cielo con una mano, le dijo que Dios estaba en el Cielo, el cual a todos daba su merecido, y que a él le pedía justicia.

A mi modo de ver, ese hombre era de buen entendimiento.

Nada más se me ocurre deciros por ahora, si no es que quedo a lo que mandáredes.

Vuestro,

MIGUEL DE CÚNEO

Escau de consignar que en l'obra col·lectiva *Colom i el món català* (Barcelona, 1993), del “Centre d'Estudis Colombins”, indicàrem, ja, un error garrafal que observàrem en aquesta relació cuneana, puix que resulta pel llibre *Saggi su Cristoforo Colombo* (Roma, 1986), redactat per l'il·lustre historiador Alberto Boscolo, que Bartomeu Colom fou nomenat pel seu germà “adelantado” el febrer de 1496, mentre que l'escrit signat per M. de Cúneo apunta que “en cuanto a Micer Bartolomé, hermano del señor Almirante y vuestro amigo, por quien me preguntáis, os diré que por el señor Almirante ha sido nombrado Adelantado de los países que descubrirá en lo sucesivo” i la relació és datada, com hem vist, a mitjan octubre de l'any anterior! En fer-ho observar, afegírem (p.113): “Ací ens limitem a prevenir els estudiosos, respecte a aqueixa relació que reputem falsa i de la qual pensem poder explicar aviat els motius de la falsificació. En tot cas, no devem ésser els primers a conjecturar no verídica la relació, puix que a l'obra *Bibliografía colombiana 1793-1990* (Gènova, La Stampa, 1990), per Simonetta

Conti, trobem, a la pàg. 108, una fitxa de títol revelador: A. BRUNO, “La ‘Saona’ e la supposta relazione di Michele De Cuneo; article publicat a Savona el 1892”.

Amb l'ànim de resoldre la qüestió, tinguérem la fortuna de poder comptar amb l'entusiasta col·laboració de Roser Salicrú i Lluch, adscrita a la Institució Milà i Fontanals, del CSIC, qui, efectuant estudis a Itàlia, ens proporcionà fotocòpies del treball abellit. És a dir, finalment disposem del text que publicà, al segle passat, l'historiador de Savona A. Bruno. I entenguí's que en presentar-lo com a historiador de Savona podem prendre-ho en el sentit dual de “savonès” i “historiador de la localitat”, car el sabem autor, si més no, de “Savona ai tempi di Colombo”, “Via s. Giuliano”, “Piazza Colombo”, “Le corporazioni operaie in Savona nel secolo XV”, “A proposito del ‘Cristophe Colomb et Savone’ del signor Henri HARRISSE” i “L’America dopo la sua scoperta”, ultra el treball que ens interessa particularment; estudis, tots ells, inclosos, amb la referència “Savona, maggio 1892”, a *Pro Christophoro de Columbo* (“Pubblicazione del Circolo Filodrammatico Letterario Cristoforo Colombo nella solenne Commemorazione Savonese del IV Centenario della Scoperta dell’America”).

Agreguem que l'exemplar que, en fotocòpia, ens ha arribat duu tres segells de registre, que són “Biblioteca Civica”, “Circolo Colombo – Savona” i “Civica Biblioteca – Genova”. Oi més, per les fitxes bibliogràfiques indicades per Simonetta Conti, ob. cit., p. 108, retenim que A. Bruno tractà, també, sobre “Storia popolare di Savona delle origini del comune sino á nostri giorni” (Savona, 1882) i “Storia di Savona” (Savona, 1901). Un tal bagatge consent, doncs, que reputem autoritzades les paraules que signa A. Bruno i que segueixen:

“LA ‘SAONA’ E LA SUPOSTA RELAZIONE DI MICHELE DE CUNEO

“... isoletta... denominata ‘Saona’ in quasi tutti gli atlanti geografici dal sec. XVI al presente, ad eccezione di alcuni francesi, che la segnano impropriamente ‘I. de la Saone’. ...Sino a pochi anni or sono, era stato generalmente ammesso: 1. che l’isola fu scoperta dal grande navigatore nel 1494 durante il suo secondo viaggio. 2. Che il nome impostole da quegli non fu altrimenti che quello di ‘Saona’. Certamente che i savonesi, lusingati nel loro amor proprio, trassero da quest’ultimo fatto le congetture più favorevoli per la savonesità di Colombo; ma siccome le esagerazioni sono sempre esagerazioni, errò chi credette ravvisare nel nome imposto da Colombo la fede di nascita di costui: mentre, d’altra parte, il vanto per Savona di essere stata da lui ricordata non poteva essere nè poco nè dispregevole e non aveva riscontro in alcun altro luogo della Liguria.

Nel 1885 fu fatta dal sig. Olindo Guerrini una comunicazione alla Deputazione di storia patria per le provincie di Romagna intorno ad un manoscritto esistente nella biblioteca dell’università di Bologna, detto manoscritto nero e contenente, fra l’altre cose, una specie di relazione diretta sotto forma di lettera del savonese Michele De Cuneo, ad un tal Geronimo Annari nobile savonese su quel viaggio al quale il De Cuneo dice d’aver preso parte.

Di tale relazione il sig. HARRISSE ed altri, senz’ombra di critica e di quelle cautele che sono pur tanto necessarie quando si tratta di controversie storiche, si fecero di buon grado arme per recare un colpo decisivo alla ingenuità dei savonesi (...).

Desideroso di avere cognizione esatta del manoscritto nero, ottenti dalla cortesia dell’on. Ministro Villari di poterlo esaminare in Savona, dove l’ebbi per alquanto tempo a disposizione. È una copia di lettere, relazioni e simili, senza alcuna autenticazione nè firma, e solo vi si trova indicato che è dono fatto alla biblioteca da Guidantonio Zanetti il 12 aprile 1780. Il libro è numerato recentemente a matita: ma vi appariscono tagliati 20 fogli tra le pag. 48 e 49, e 4 tra le pag. 123 e 124, fogli che, dai residui di qualche parola o lettera, si vece ch’erano scritti, ma possono essere anche stati intercalati così nel testo.

La lettera o relazione diretta, come s'è detto, a 'D. Hieronymo Annari nobili saonensi', porta la data del 15 ottobre 1495 (...)

...

Di fronte a siffatto manoscritto, è lecito, è prudente dubitare sull'autenticità della sua provenienza, ed anzi, la probabilità d'una burla di qualche novelliere del secolo XVI o successivo si affaccia subito alla mente anche del meno esperti in materia di documenti storici.

Anzitutto, vi sono altre prove che Michele De Cuneo abbia fatto parte della seconda spedizione di Colombo? Non risulta, sebbene si sappia che taluni savonesi seguirono Colombo nei suoi viaggi; ma, ciò che più importa, chi era quel Geronimo Annari al quale il De Cuneo rivolge la sua lettera? Per quante ricerche io m'abbia fatto, per quante cognizioni io abbia acquistato nell'assiduo studio degli archivi savonesi, non mi fu mai dato di conoscere in Savona una famiglia, un individuo solo con quella cognominazione. Eppure la lettera lo qualifica "nobile savonese" e lo afferma amico di Cristoforo e Bartolomeo Colombo; ma l'albo delle famiglie nobili, desunto principalmente dalle deliberazioni del comune, e dagli atti di conferimento della nobiltà nei diversi secoli non ha mai registrato un Annari.

Il contesto della relazione apparisce poi nè più nè meno che un sunto, e ben poco abile, di altre relazioni autentiche, e con tutta probabilità di quella ordinata e diffusa del dottor Chanca che fu medico della spedizione. In taluni punti si riconoscono le stesse idee, le stesse frasi, e lo stesso modo di esporre, sebbene l'uno fosse spagnuolo, l'altro italiano. Il De Cuneo millanta troppo sè stesso; e non tralascia di dire e di affermare, anche quando non è proprio necessario, che Colombo è di Genova e che Genova non ebbe mai cittadino più grande, ciò che accresce sempre più il sospetto che non si tratti di un documento sincero.

Ma v'ha un'altra considerazione. Il De Cuneo dice che Colombo, il quale certo non navigava per conto proprio, lo investì della proprietà della 'Saona', o, come vuole la relazione, della 'bella saonese', redigendosene atto autentico per mezzo di pubblico notaro. Ma come poteva Colombo disporre di quell'isola senza il consentimento di Spagna? E quali memorie rimasero di quella supposta proprietà nella famiglia della Quarda e nelle memorie dell'ammiraglio?

...

Concludo col confermare il dubbio manifestato che la supposta relazione non sia che una burla: e son meravigliato come scrittori di merito, abbiano potuto per un momento prestarvi fede assoluta."

Cal agrair la probitat d'A. Bruno, en fer les anteriors manifestacions, que molt l'honoren. I em pregunto per què, si la publicació que ens ha arribat duu —com hem dit— tres segells d'enregistrament, ha passat per alt, almenys ho sembla, a tants d'erudits ligurs? Per què, transcorreguts més de cent anys, encara campa la ignorància d'aquestes objeccions fetes per Bruno? I, més que objeccions, refús!

L'avís que apareix en l'article de Bruno expressa que: "La famiglia de Cuneo era ascrivita alla nobiltà savonese ed imparentata con molte altre nobilizie quali i Gavotti, De Traversagni, Della Rocca, Sansone, Vegerio, Pinelli, etc.". Obviem a la descripció de l'heràldica i de la sepultura familiar dels Cuneo i acabem l'entreteniment a l'interessant i desemmascarador article amb el simple afegitó que "l'autore della supposta relazione non potrebbe essere altrimenti che il figlio di quel Corrado il quale con atto del 19 agosto 1474 in not. Giovanni Rogero vendette a Domenico Colombo due pezzi di terra a Valcalda sopra Legine ed edificò la casa della Quarda".

No elocubrem a propòsit del tal Domenico, rellevant només que, segons la relació que motiva el present treball, “el señor Almirante puso por nombre ‘Santo Domingo’, por el día en que se halló” a l’illa antillana.

En haver copsat, ja, l’enganyifa, prescindim de rematar la falsedat fent, per la nostra banda, d’altres possibles objeccions, com respecte a l’expressió: “mientras España sea España” (“no existia en puritat cap estat que es pogués anomenar España, bé que hi havia aquest concepte de conjunt dels diferents regnes ibèrics” subratlla F. Albardané, a “Quaderns d’Estudis Colombins-4”, Barcelona, s.a. –però 1998-).

L’artificiositat de la pretesa crònica no ha passat desapercibuda, en els nostres dies, per al portuguès Mascarenhas Barreto, qui, en el primer volum del seu atípic “*Colombo*” portuguès. *Provas documentais* (Lisboa, 1997), p. 311, desenvolupa el capítol, de títol lúdic, “Por mares ‘descúneocidos’”, i, pertocant el topònim Saona, fa el comentari que “é norma quase geral, quando um topónimo evoca o nome de outra terra, cidade ou vila, ou um antropónimo de Santo ou de um descobridor, vem seguido da preposição ‘de’: Golfo ‘de’ Génova, Ilha ‘de’ S. João, Ilha ‘de’ Fernando de Noronha, Ria ‘de’ Aveiro. Mas quando se refere a um vocábulo indígena, nunca utiliza o de determinativo: Cabo ‘Mirik’, rio ‘Cuanza’, Rio ‘Guarany’, Ilha ‘Tobago’. Também prescindem do ‘de’ os topónimos simplesmente adjetivados: Cabo ‘Raso’, Rio ‘Frio’, Ilha ‘Dominica’”.

I Mascarenhas Barreto precisa (p.314), després de constatar que “é fundamental notar que não se faz a menor alusão à ‘Ilha Saona’” amb anterioritat:

“Acontece que o genovês Bartolomeo Fiesco, ‘criado’ do Almirante, em 1498, aportou com La Cosa à ‘Ilha Saona’, para fazer ‘aguada’ e de lá trouxe ‘algunos pássaros (...) e labiernagos’, vagens de grandes arbustos, chamados ‘SAOS’, que cobriam a ilha como vegetação predominante e cujas sementes oleaginosas, semelhantes a ervilhas, se chamam ‘saonas’”.

a) Será esta a origen do nome dado à referida ‘Ilha Adamaney’? Conquanto não conseguissemos encontrar documentação confirmante nos textos de Frei Fernando Colón e de Las Casas, e dedução é verosímil, a partir do termo indígena.

b) Mas o nome da ilha nada tem a ver com a vila de ‘Saona’, italiana, que os Espanhóis sempre escreveram ‘Savona’. Per isso se designou por ‘Ilha Saona’.”

L’autor portuguès no dubta a qualificar Cúneo de “mariheiro fictício” (p. 315), “imaginário Cúneo” (p. 317).

L’embolica-que-fa-fort de tot plegat el trobem, com a colofó del present estudi, en la nota –en anglès i també en castellà- que figura com a resum de l’article “Savona-Saona, insieme per 1992. I programmi del Comitato colombiano savonese”, signat per Stefania Mordeglia i publicat a “Columbus 92” (Gènova) el març de 1990. Traduïda al català, heus ací la nota:

“La Comissió colombina savonesa ha iniciat oficialment el camí cap el 1992 amb una agenda plena de cites i programes. Una de les propostes més interessants han estat els agermanaments amb l’illa de Saona, única terra del Nou Món que porta un nom lúgic. A cinc-cents anys de distància, la illa dominicana ha quedat quasi intacta i Savona oferirà a la seva “homònima” del Carib béns d’enorme utilitat: un generador elèctric i una barca de pesca que pot ésser utilitzada també com embarcació d’esbargiment.”

Si almenys la falsificació ha servit, paradoxalment, per quelcom de positiu!...

Bruno ens ha parlat del manuscrito nero com a existent ja el 1885; no es tracta, per tant, la relació cuneana, d'un frau elaborat en el període 1890-1892, quan -segons Ilaria Luzzana Caraci (a "Columbus-92", Gènova, gener-febrer 1991)- foren comercialitzades diverses falsificacions, "alcune, a dir la veritat, molto grossolane, altre più sofisticate e che solo i grandi colombisti di quell'epoca riuscirono a smascherare". Hom aprofitava generalment la bona fe "di qualche ricco americano, in viaggio in Europa in cerca delle proprie radici storiche".

Codà final (*id.*): "I falsi colombiani non si esaurirono però con il quarto centenario. Antiquari poco onesti -per lo più, ahimé, italiani- continuarono a produrne e a smerciarne. C'è da credere che la maggior parte di tali falsi non sia stata ancora scoperta."

Barcelona, novembre de 1998.